

**La fe perseverante:**

**El padre de la fe (segunda parte): La fe que mira más allá de lo terreno y pasajero  
Hebreos 11:8-12**

**Introducción:**

Nos encontramos estudiando el tema de la “fe perseverante” tal y como nos lo presenta el autor de la carta a los Hebreos. Al final del capítulo 10, nuestro autor confrontó a sus lectores para que se afiancen más en la fe cristiana, fortalezcan su confianza en el Señor y eviten así caer en el camino que los puede conducir a la apostasía. Al final de la fuerte exhortación del capítulo 10, el autor anima a los lectores diciéndoles que tanto él como ellos no son de los que retroceden para perdición sino de los que tienen *fe para preservación del alma* (v. 39).

Es de esta fe perseverante para salvación de la cual el autor nos habla en el capítulo 11.

Ya hemos visto que la fe perseverante, la que identifica a los salvos, está totalmente arraigada en las promesas de gracia que contiene las Sagradas Escrituras, y solo a través de esta fe alcanzamos buen testimonio o aceptación ante el Soberano Dios.

Somos salvos por medio de la fe, y esto queda demostrado en los ejemplos que ya hemos visto: Abel fue aceptado ante Dios no por la calidad de su ofrenda, sino porque él tenía fe. Enoc caminó con Dios, a través de la fe, y Noé obedeció el mandato de construir un arca también por medio de la fe.

Ahora nos encontramos estudiando los versos 8 al 12, en los cuales se nos presenta el ejemplo del padre de la fe, es decir, Abraham. En estos versos encontramos tres aspectos claves e importantes de la fe perseverante:

1. La fe que obedece (v. 8)
2. La fe que mira más allá de lo terreno y pasajero (v. 9-10)
3. La fe que alcanza la promesa (v. 11-12)

En el primer punto observamos cómo el llamado eficaz del Espíritu Santo convirtió a Abraham, de un pagano idólatra, a un adorador del verdadero Dios. Abraham fue llamado

de muerte a vida, de la oscuridad a la luz, de la mentira a la verdad. Y todo, a través de la fe.

Ahora en los versos 9 al 10, el autor de la carta nos muestra, a través del ejemplo de Abraham, cómo es una vida de fe, de esa fe que es capaz de mirar más allá de lo terreno y pasajero.

*“Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa”* (v. 9). Abraham fue llamado por Dios para que saliera de su tierra y se fuera a un lugar escogido, en el cual Dios le daría una descendencia numerosa, y de la cual nacería el Cristo, el Salvador del mundo. *“Pero Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición”* (Gén. 12:1-2). Ese lugar escogido por Dios era la tierra de Canaán, la cual le sería entregada a Abraham y a sus descendientes: *“Tomó, pues, Abram a Sarai su mujer, y a Lot hijo de su hermano, y todos sus bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir a tierra de Canaán; y a tierra de Canaán llegaron. Y apareció Jehová a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra.”* (Gén. 12:5, 7a).

Ahora, la Biblia nos dice que cuando Abraham llegó a la tierra de Canaán esta se encontraba habitada por el pueblo cananeo (Gén. 12:6). ¿Podía Dios entregar a Abraham en posesión una tierra que ya le pertenecía a otra gente? Siendo Dios el creador de la tierra, entonces él tiene la máxima y final potestad para darla a quien quiera, incluso para quitarla y darla a otros. Esto corresponde a su derecho como creador y gobernador de toda la creación: *“De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo y los que en él habitan”* (Sal. 24:1). A causa de la maldad del hombre, de su idolatría y de su rebeldía expresada en grados de terrible maldad, Dios le quita la tierra y la da a los justos: *“Porque los malignos serán destruidos, pero los que esperan en Jehová, ellos heredarán la tierra”* (Sal. 37:9).

Abraham salió de la tierra de sus padres confiado en la promesa divina de que recibiría una tierra desconocida como propiedad para él y su innumerable descendencia. Es así que

Abraham llega a Canaán, pero se encuentra con varias dificultades que se convierten en una prueba para su fe. La primera dificultad es que esa tierra ya está habitada. La verdadera fe siempre debe ser probada, de manera que cada día se torne más robusta y no tambalee ante las adversidades. Abraham recibe la tierra de Canaán en heredad, pero no puede poseerla. Incluso, cuando su esposa muere, tuvo que comprar una pequeña porción de tierra para poder sepultarla (Gén. 23:1-20). El heredero debe comprar una pequeña porción de tierra en lo que le pertenece y es suyo por la promesa divina. Esos son los misterios de la fe. La verdadera fe no se da en el terreno de las bendiciones recibidas de manera tangible, sino en la promesa de bendición que no puede verse materializada. Si todo lo que mi fe desea es recibido inmediatamente, entonces ella no puede ser ejercitada. El creyente recibe por fe lo que no puede ver, lo que aún no puede disfrutar de manera plena.

Algunas corrientes pseudo-evangélicas de nuestro tiempo promueven una clase de fe que no es fe, pues, ellos dicen que, cumpliendo con algunos pasos, los creyentes pueden recibir todo lo que desean, ahora, con solo ejercer fe. Pero la fe que persevera hasta el fin, muchas veces, no recibe lo que le fue prometido por Dios, en esta tierra, sino que debe mantenerse anclada en lo que espera, pero que no le llega en vida.

Abraham, a pesar de ser llamado el padre de la fe, no recibió, en vida, todo lo que le fue prometido, sino que tuvo que afianzar más su fe, al no recibir de manera tangible lo que se le había prometido. De la misma manera los cristianos hemos sido llamados por Dios para recibir una “... *herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible...*” (1 Ped. 1:4), pero, luego de ser llamados eficazmente por el Espíritu Santo, y de creer en el Señor Jesús de todo corazón, no empezamos a disfrutar de manera plena de todo lo que se nos ha prometido, sino que empezamos una batalla en contra de muchas oposiciones que surgen en medio de un mundo hostil al cristianismo y a la vida de santidad. “Durante esa lucha se encuentra con muchos desalientos y recibe numerosas heridas. Tiene que llevar a cabo duros deberes, dificultades por superar, pruebas que soportar, antes de que el cristiano entre plenamente en la herencia que la gracia divina le ha designado, y nada más que la fe

divinamente concedida y preservada es suficiente para estas cosas: que sustenta el corazón frente a las pérdidas, los reproches, las demoras dolorosas”<sup>1</sup>.

El camino que nos lleva al cielo está lleno de muchas dificultades. Hay muchas cosas en este mundo que tratan de desestabilizarnos. Solo los valientes arrebatan el reino de los cielos, dijo Jesús. Los verdaderos creyentes deben negarse a sí mismos, saliendo del mundo, divorciándose de sus pecados y de sus intereses más amados. La plena realidad de la vida eterna no la vemos realizada ahora, sino que debemos cultivar la paciencia, sabiendo que pronto nuestra corrupción se vestirá de incorrupción. Muchos cristianos han aprendido que el comienzo de la vida de fe es fácil, pero lo difícil es vivir esa vida de fe en un período de muchos años.

Dice nuestro autor que Abraham habitó como extranjero, es decir, como un peregrino que no pertenece a ese lugar. Aunque la promesa estaba y Abraham confiaba en ella, no obstante, él no se afanó por hacer suyo lo que le pertenecía, sino que se fortaleció en fe para esperar el tiempo en el cual Dios le entregaría de manera tangible la tierra de Canaán a su descendencia. Abraham no tuvo interés alguno en establecer relaciones de arraigo o apego con la gente de Canaán, no porque fuera racista o regionalista, sino porque él quería disfrutar, no tanto de la tierra, sino de la presencia y la comunión con Dios. Siendo un hombre de fe, entonces su mirada estaba puesta en su Señor. Mientras la tierra de Canaán estuviera inundada de paganos que adoraban a otros dioses, entonces él moraría en esa tierra como extranjero. Asimismo a los creyentes se les ha prometido la tierra como parte de su herencia. Jesús dijo: “*Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad*” (Mt. 5:5). Pero nosotros somos peregrinos en ella, mientras el pecado reine en los corazones de sus habitantes. No podemos echar raíces aquí, ni establecer nuestra morada en la tierra, mientras no venga la nueva tierra y el nuevo cielo, donde el pecado ya no existirá más. Es por eso que Juan nos dice “*No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo*” (1 Jn. 2:15). Aunque a algunos creyentes el Señor les permite tener algunas comodidades materiales en este mundo, ellos no deben amañarse mucho a estos placeres,

---

<sup>1</sup> Pink, Arthur. An exposition of Hebrews. Extraído de:

[http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews\\_061.htm](http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_061.htm) En Junio 30 de 2011

pues, vivimos en un mundo que se encuentra bajo la ira de Dios: “*Y los que disfrutaban de este mundo, como si no lo disfrutasen*” (1 Cor. 7:31).

“... *morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa*” No solo Abraham vivió como extranjero y peregrino en la tierra de la herencia prometida, sino su hijo Isaac y su nieto Jacob. Estos tres patriarcas vivieron en tiendas de campaña. De tanto en tanto cambiaban el lugar de su morada y no lograron establecerse en un sitio fijo. “A lo largo de tres generaciones los herederos de la tierra vivieron por la fe con sólo una promesa. No fue hasta que las doce tribus de Israel entraron en la tierra bajo el liderazgo de Josué que pudieron reclamar la promesa y apropiarse de la tierra”<sup>2</sup>. No obstante, los siervos del Señor, en todas las épocas de la historia bíblica, se vieron siempre como peregrinos, nunca consideraron esta tierra como su real morada. El camino de fe de los apóstoles también les llevó a no echar raíces en esta tierra: “*Hasta ahora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija*” (1 Cor. 4:11).

Ahora, ¿Porqué Abraham pudo esperar pacientemente el cumplimiento de la promesa y no se aferró a la tierra que le había sido prometida a él y sus descendientes? La respuesta está en el versículo 10.

“*Porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios*” (v. 10). Abraham vivió como extranjero en la tierra prometida, porque él, así como todos los verdaderos creyentes en el Antiguo Testamento, no estaba aferrado a herencias materiales. Ellos no tenían como máxima esperanza poseer una tierra fértil, sino que anhelaban la verdadera ciudad, la verdadera nación, la verdadera riqueza, es decir, la espiritual. “La permanencia de Abraham en Canaán fue tan temporal como las estacas que él clavaba en la tierra para mantener armadas sus tiendas. Abraham sabía que las posesiones terrenales son temporales; él siempre tuvo el ojo de su fe puesto <en la ciudad con cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios>”<sup>3</sup>. Abraham, por medio de la fe, se

---

<sup>2</sup> Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 378

<sup>3</sup> Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 378

dio el lujo de esperar, porque él sabía que luego que todas las ciudades cananeas se hayan convertido en polvo, la ciudad de Dios se mantendría incólume e indestructible.

Algunos intérpretes de la Biblia han afirmado que las promesas para la Iglesia son celestiales, mientras que para los santos en el Antiguo Testamento eran terrenales. Pero los santos antiguos no depositaron su esperanza en lo terreno, ya que ellos comprendieron que lo terreno es pasajero y corruptible. Los santos del Antiguo Testamento y los del Nuevo Testamento también conforman la iglesia de Cristo, la esposa del cordero, y nuestra esperanza no se encuentra en las cosas o placeres de este mundo, sino en lo celestial, lo espiritual, pues, estos son eternos e incorruptibles.

La ciudad que tiene fundamentos y cuyo arquitecto es Dios, no es la Jerusalén terrena, sino la celestial. Esta ciudad gloriosa un día será la residencia final y eterna de todos los santos, de todos los tiempos y lugares. Abraham no espera disfrutar de un reino terreno, sino de un reino celestial. “Abraham sabía que su morada terrenal no podía ser comparada con la ciudad celestial, de la cual Dios mismo es su arquitecto y constructor. Por la fe él visualizó la congregación final de todos los creyentes para la fiesta de la redención. Él anticipó el advenimiento y la obra de Cristo. Puesto que en él todos los creyentes son uno con el Hijo y con el Padre”<sup>4</sup>. Los creyentes tenemos la esperanza puesta en la promesa de Jesús: *“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy pues a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”* (Jn. 14:1-3).

La ciudad que Abraham esperaba tiene fundamentos firmes porque su arquitecto y constructor es Dios mismo. El apóstol Juan describe así esta ciudad eterna donde morarán para siempre todos los que son de la fe de Abraham: *“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas*

---

<sup>4</sup> Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 379

*pasaron. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal. Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvadas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.” (Ap. 21:1-4, 10-11, 22-27)*

Canaán representaba para Abraham solo el proceso de la salvación, pero no su conclusión. La consumación de la redención se encontraba en el cielo, no en la tierra, por eso no pudo arraigarse en lo terreno y cambiaba su morada constantemente. Pero no es fácil esperar, por lo general queremos recibir todas las cosas inmediatamente, de allí el surgimiento de muchas teologías erróneas que tratar de animar al creyente a vivir el cielo en la tierra, de adelantar el estado de glorificación, pero esto es imposible. El llamado que Dios nos hace es a esperar con paciencia: *“Por tanto, hermanos, tened paciencia hasta la venida del Señor. Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía”* (Stg. 5:7).

La mayoría de las bendiciones que nos han sido prometidas en Cristo solo se disfrutarán en el estado eterno, es decir, en la glorificación; mientras tanto, en nuestro peregrinar por esta tierra, nos fortalecemos en fe, sabiendo que muy pronto estaremos con él, y entonces gozaremos para siempre de la verdadera tierra de la promesa. “Es característico de casi todos nosotros que siempre tenemos prisa. Esperar nos es más difícil que aventurarnos. Y el tiempo más difícil es el de en medio. En el momento de la decisión hay entusiasmo y emoción; al llegar a la meta está el resplandor y la gloria de la satisfacción; pero en el tiempo intermedio hay que saber esperar y velar y trabajar, aunque parece que no pasa nada. Es entonces cuando se abandonan tantas esperanzas, y se reducen tantos ideales, y nos hundimos en la apatía de los sueños muertos. La persona de fe es la que mantiene viva

la esperanza y el esfuerzo a tope hasta en los días grises en los que parece que no se puede hacer nada más que esperar”<sup>5</sup>.

## **Aplicaciones:**

- El ejemplo de la vida de fe de Abraham debe motivarnos a mirar más allá de lo aparente. Si estamos esperando en el Señor, entonces no debemos desmayar o cambiar los planes simplemente porque las cosas no se están dando cómo yo lo esperaba. Los creyentes hebreos estaban siendo tentados a abandonar el cristianismo y regresar al judaísmo porque Jesús estaba demorando su venida, porque no estaban viendo que el Reino se materializara, y antes por el contrario, las cosas en este mundo estaban empeorando. Abraham, Isaac y Jacob “¿Se habrán sentido tentados alguna vez a preguntarse si se habrían equivocado, o si Dios los habría olvidado o era demasiado lento? En el orden divino de cosas a menudo el verdadero estado de cosas está oculto. David era rey en la mente de Dios años antes de serlo en las mentes del pueblo. Pero la fe puede aguardar, porque ve los hechos detrás de las circunstancias. No tiene que gritar; ni abandona la esperanza y cae en la desesperación”<sup>6</sup>.

- Antes de ser creyentes éramos ciudadanos del mundo, y por lo tanto amábamos al mundo y nos conformábamos a sus ideales, estándares y principios; pero “La fe convierte en peregrino al que antes era ciudadano del mundo. Esa es la condición que destaca el apóstol Pedro para el creyente: <Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos> (1 P. 2:11). Como Abraham tenemos promesas de Dios sobre un lugar que Jesús prepara para nosotros. Antes éramos del mundo, pero ahora somos extranjeros que peregrinamos por el mundo buscando la ciudad celestial conforme a la promesa del Señor”<sup>7</sup>. En este mundo lo único que tenemos asegurado es una tumba, así como Abraham adquirió el pedacito de

---

<sup>5</sup> Barclay, William. Comentario al Nuevo Testamento. Página 914

<sup>6</sup> Taylor Richard. Comentario Bíblico Beacon “Hebreos hasta Apocalipsis”. Página 145

<sup>7</sup> Pérez, Samuel. Comentario exegético al griego del Nuevo Testamento. Hebreos. Página 636

tierra que sería la sepultura de su esposa y de él en la tierra de Canaán, pues, este es un mundo pasajero y temporal, cada día estamos muriendo y nuestros cuerpos se van desgastando, hasta que vuelvan al polvo. Pero los creyentes anhelamos estar en el lugar donde ya no habrá más muerte y para siempre viviremos con el Salvador. Aunque es nuestro deber cultivar la tierra, hermosearla y hacer de ella un lugar agradable, no obstante nunca dejamos de mirar al cielo, donde se encuentra nuestra real y eterna morada.

- En medio de las dificultades y sufrimientos, el corazón se sustenta solamente en el poder de una fe activa y operativa, como dice Pablo: *“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”* (2 Cor. 4:16-17). Si meditáramos con más frecuencia en las glorias y la felicidad del cielo, entonces nuestras almas serán favorecidas con un gozo anticipado. Abraham se regocijó de que había de ver el día de Cristo, lo vio y se regocijó (Jn. 8:59). Si nosotros pensamos con más frecuencia en el día glorioso que está por venir, entonces no estaríamos tan tristes como a menudo lo estamos. *“Todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica así mismo, así como él es puro”* (1 Jn. 3:3) ya que eleva su corazón por encima de la escena de este mundo y nos lleva en el espíritu detrás del velo. Cuanto más nuestros pensamientos se sientan atraídos por el cielo, menos atractivo será para nosotros este mundo.